

Revaluación filosófica

DANIEL MARTÍN FERRAND

ORCID: 0009-0008-3712-4740

DOI: 10.62860/AP.23

En los ámbitos académicos escolares se escucha, demasiado a menudo, que ‘lo que no se evalúa, se devalúa’. Más allá de la metáfora, del siniestro lugar común, da la impresión de que los asuntos que no pueden recibir una puntuación más o menos objetiva carecen de valor. En aras de la honestidad, quizás habría que reformular el tema: si a algo no le podemos poner una nota numérica con decimales que podamos justificar con criterios inerte-mente rígidos, acabemos con ello.

Como profesor de filosofía en bachillerato a menudo me encuentro con la dificultad de puntuar un examen. Es fácil distinguir lo que está bien de lo que está mal. Más complejo es diferenciar el sobresaliente del notable. Y es bastante improbable que nadie pueda justificar medianamente la diferencia entre un 9,25 y un 9,5. Algo similar ocurre con el resto de las Humanidades, por lo menos si queremos tratarlas como tales.

Devaluación de las Humanidades evaluadas

Un golpe especialmente duro contra las letras nació del inconveniente matrimonio Lengua-Literatura. Así, junto a la gramática —a la que tanto Baroja como Unamuno tildaban de lengua muerta— y a la difusa disciplina de la comunicación, se encajaron forzosamente los estudios literarios, que enseguida perdieron su sentido primigenio¹. Muy pocos aprenden a realizar comentarios literarios en el colegio, lo que tendría poca importancia si por lo menos sí se enseñase a leer correctamente.

La Historia, por su parte, en España más que en otros lares se ha pretendido objetivar a partir de una selección tan arbitraria como estéril de unos contenidos entendidos de una manera miope y obtusa, de tal manera que se antoja absolutamente imposible encontrar un bachiller del siglo XXI capaz de hacer un mínimamente decente comentario de texto histórico.

La filosofía, tan autónoma como aislada, en España desapareció del último curso del colegio para volver en esa áspera y doblemente abstrusa selección de autores que quedan tan lejos del alumnado como los matices de la arquitectura gótica o los fundamentos de la Constitución española. Si hablamos de filosofía, el objetivo utópico no sería anhelar que supiesen realizar un comentario de texto filosófico, sino que fuesen capaces de leer y entender un párrafo mínimamente complejo de Aristóteles, Nietzsche u Ortega —de autores más complejos, mejor ni hablar, que quizás la energía destinable a los sueños sea tan limitada como estos mismos—.

Por si fuera poco, ahora proliferan estudios alternativos a la ley española mediante los cuales uno puede llegar a la universidad sin acercarse a la historia, la filosofía o las artes.

En resumen, con la fórmula de que 'lo que no se evalúa, se devalúa' hemos conseguido desmembrar las letras, vaciar el currículo de aquello difícilmente objetivable, que son precisamente las disciplinas que permiten construir el espíritu crítico, el pensamiento detenido y sólido que permita diferenciar lo respetable y/o admisible de la mentira podrida, la suma estulticia o el extremo inadmisibles. El fondo del problema, hijo de una so-

1 Mejor no hablar sobre el análisis del fondo, del «mensaje», en las obras literarias. Aquí siempre nos ha puesto más localizar un zeugma que pensar el sentido hondo de una metáfora.

ciudad que cuenta números en lugar de historias, mitos o reflexiones, es confundir lo evaluable, tan contingente como sustituible por las máquinas, con lo importante, con lo enjundioso, con lo humano².

Vuelta al sentido primigenio de la filosofía

Solemos olvidar que el gran libro de Newton, padre de toda la Ilustración francesa, se publicó en 1687 bajo el título *Principios matemáticos de la filosofía natural*. Cuando William Whewell, que se consideraba filósofo, creó el término *scientist*, nunca pensaba que sería recordado como un simple teólogo. Después de todo, junto a W. Lubbock (en 1837) lideró uno de los primeros intentos multinacionales de hacer ciencia con su estudio de las mareas a ambos lados del Atlántico (Ducheyne 2010, 26). La reducción del significado ciencia, agrandado por su compartimentación en pequeñas esferas de especialización y/o fragmentación, alejaron a la filosofía de su espíritu primigenio que, a mi entender, es el que encierra su significado etimológico.

La filosofía se encarga del saber en toda su enorme amplitud. Como dijo un sabio, «la filosofía consiste [...] en el esfuerzo radical de la humanidad por entender racionalmente la totalidad de las cosas reales a partir de sus causas más profundas» (García-Baró 2009, 13). Y, vengan de donde vengan, los esfuerzos por convertirla en una disciplina aparte, desconectada de la realidad —académica, virtual o científica— mutilan su ‘totalidad’ o, mejor, capan su sentido.

Injusticia tal que incluso nuestros (ir)responsables educativos formulan asignaturas con nombres como *Filosofía y ciudadanía*, como si Filosofía a secas supiese a poco. ¡Si lo realmente difícil es reducir toda su inmensidad a unos pocos meses de clase, ausencias y exámenes! La filosofía incluye la ciudadanía desde su origen... y es mucho más que unos cuantos temas arbitrariamente seleccionados.

Por eso considero desastroso que la filosofía —que los filósofos— haya cometido el mismo error que las demás disciplinas del conocimiento, sean del tipo que sean: especializarse hasta ser un coto vedado, muy pequeñito, apto solo para iniciados. La filosofía no debe restringirse a metafísica, ontología,

2 Con lo valioso (que en inglés se puede decir, quizás reveladoramente, *valuable*).

ética, política... aquello de lo que solemos hablar cuando tratamos el asunto... pues también comprende la Historia —la propia y la de TODO lo demás, incluido el muy necesario estudio de la historia de la Ciencia, tan conectada al propio saber estricta y (como sugiero) reducidamente filosófico—, el Arte, las ciencias Naturales y las Humanas...

Parafraseando a Terencio, a la filosofía nada de lo humano —y de lo divino, natural, animal, vegetal y un eterno etcétera— le es ajeno. Y no porque haya que llenar su estudio de contenidos estériles, abstractos, inasequibles o inasumibles... sino porque va de pensar... de aprender a reflexionar sobre todos los temas... y no hay nada que pueda ni deba escapársele a su análisis crítico, profundo y sentido.

Si la filosofía recuperase su sentido quizás evitaríamos que las islas de las distintas disciplinas científicas caminasen paralelas —¡sin tocarse!— promoviendo absurdos de todo tipo. Por ejemplo, ese que, desde la asignatura de Lengua y Literatura, afirma que el siglo XVI muestra el «goce de vivir»; que se lo digan a los muchos que murieron, huyeron o callaron por el sinfín de persecuciones religiosas que surgieron tras la publicación de las 95 tesis; que se lo digan a Montaigne, que se retiró a su torre a escribir, lejos del mundanal y violento mundo. Pero conviene a esa gran mentira, que se propaga por todas las inconexas islas en las que fragmentamos el presunto saber humano, que considera la Edad Media como una época más oscura, más teocéntrica, como si monstruos como Calvino o Cromwell —o Robespierre, que no deja de ser un fanático más— hubiesen vivido y gobernado en pleno Medievo.

Si la filosofía, el amor por el saber, recuperase su esencia, podríamos librarnos de los lugares comunes, de las medias verdades, de las mentiras podridas. Solo desde la totalidad puede enfrentar el saber. Por ejemplo, mientras el siglo XIV en filosofía es de Ockham y en historia de la Peste Negra y Aviñón, en literatura y arte surge la polémica sobre si es puramente medieval o renacentista³. Pero entonces, por suerte, encuentras textos como el siguiente: «Téngase en cuenta, además, que no hay vuelta atrás, sino un paso decisivo —mejor dicho, el paso decisivo— hacia la exaltación del amor cristiano, patente sobre todo en la segunda parte del *Cancionero*, puesto que el poeta prescinde de las instancias paganas del amor medieval, basado en

3 ¡Qué a menudo olvidamos que estas categorías son constructos meramente humanos sin mayor objetividad que la ordenativa y/o clarificadora!

las obras de Ovidio, y del más próximo amor estilnovista —sea cual sea su discutidísima naturaleza— para explorar un terreno prácticamente virgen» (Crespo 2008, 109). Más aún, en este su prólogo al *Cancionero* de Petrarca, Crespo afirma que el supuestamente precursor del presunto Renacimiento detestaba a Ovidio y quiso limpiar la presuntamente poco clásica poesía trovadoresca. Y no olvidemos que ese terreno aparentemente virgen fue ampliamente explorado por los presunta y puramente renacentistas Garcilaso y Ronsard. En resumen, Crespo plantea una teoría que desmonta, lúcidamente, el viejo tópico.

Así, la fragmentación del saber, especialmente del humanístico, favorece la creación, conservación, difusión y crecimiento de los viejos bulos que ayudan a conformar los gigantes a los que tanto nos gusta disfrazar de molinos.

Los nuevos retos

Esto es especialmente importante en estos tiempos que vivimos. Siempre han existido los bulos⁴. Si no, que se lo pregunten a Lucrecia Borgia o a María Antonieta, tan amante de los pasteles. Pero nunca como ahora la ignorancia, la estulticia y la desinformación habían contado con herramientas tan poderosas.

Y no me refiero, por obvias, a las redes sociales y su capacidad de diseminar las mentiras o teorías más dispares y disparatadas⁵. Me refiero a que la igualación de los conceptos de saber y opinión —*episteme* y *doxa*?— vaya generando el lugar común de que, por ejemplo, los defensores de la Tierra plana tengan los mismos derechos a expresarse que la comunidad científica al pleno, lo que es inofensivo solo en apariencia. La maquinaria al servicio de la diosa Memez promueve que la aceptación masiva de unas palabras se imponga a las palabras más cabales del experto, del sabio, del filósofo... que la media verdad, el bulo, la mentira... puedan equipararse a la verdad.

A lo que se une el perfeccionamiento de los instrumentos de la Inteligencia Artificial. No debe de quedar mucho hasta que surjan y / o se descubran nue-

4 Y los cursis que, por ejemplo, preferirán el término *fake news*.

5 Tan disparatadas que tampoco son susceptibles de evaluación. Como bien sabe la Locura/Estulticia/Estupidez de Erasmo, la tontería es imposible de ser calificada.

vas obras de Platón, textos satánicos de santo Tomás o fotos que demuestren la buena amistad entre Rousseau y Marx —Karl, no Julius Henry—.

Apertura de la nueva filosofía

Antes de proponer alguna solución —no evaluable, se entiende—, me gustaría proponer una ampliación aún mayor del objeto de la filosofía, y no solo en lo académico. Insisto en que el amor al saber debe ser tan universal como la verdad... pues la ignorancia a menudo es infinita... pero esperemos que no eterna. Por eso, la filosofía, a veces tan abstraída, tan encerrada en sí misma, debe abrirse a lecturas y autores legos solo en apariencia.

De igual manera que a mí se me acercó a Homero, Safo o Arquíloco cuando estudiaba filosofía griega, o a san Pablo o san Juan antes de dar el salto a la Escolástica, creo que hay multitud de lecturas tan recomendables como indispensables. Dante o Petrarca enseñan muchísimo sobre el presunto tránsito del saber medieval al moderno. Shakespeare es magnífico compendio de milenio y medio de Cristiandad, de 'filosofías' hijas de lo grecorromano y lo judeocristiano. Swift y Fielding son claves para entender adecuadamente la Ilustración. Goethe es inabarcable en mil y un sentidos. No hay siglo XIX, no hay psicología, sin Dostoievski, y en Tolstói el ser humano aparece retratado en su inmensidad. Hay más actualidad filosófica en Huxley y Orwell que en muchos de los filósofos contemporáneos que se consideran importantes. Y ciertamente apasionantes pueden ser las antropologías que encierran las novelas de Svevo, Salinger o Carver. ¡Y no podemos olvidarnos del más ilustre humanista, nuestro querido señor don Quijote!

Sí, la literatura, como muestra más asequible de las grandes cuestiones de filosofía, es necesaria más que aconsejable. Pero, insisto, hay que abrirse a muchas otras formas de pensamiento no-filosófico, si se me permite el (no) adjetivo. Adam Smith fue tan ilustrado como los franceses. Gibbon muestra un acercamiento a la Historia digno de cualquier buen libro filosófico. Darwin, Maxwell, Lord Kelvin, Einstein... tienen sin duda su rincón en la historia del pensamiento. Y el siglo XX presenta un muestrario tan inabarcable como gratificante y apasionante.

La filosofía debe dejarse de mirar el ombligo y comenzar a mirar a su alrededor... porque las ramas y frutos que provoca son interminables... y mucho menos abstrusos. Abrir las ventanas al mundo podría ser una manera de acercar los temas más abstractos y, solo en apariencia, más lejanos.

Una solución que no solucionará nada

La evaluación devalúa la asignatura. Esto es obvio en letras, pero no menos cierto en las disciplinas presuntamente más científicas. Centrarse en el resultado más que en la reflexión, pongamos que matemática, desvirtúa la esencia de este formidable campo del conocimiento. Sin razonar se puede obtener un diez —por no hablar de cuánto aprendizaje se obtiene de 10 ecuaciones resueltas sin mácula—: parece asunto muy poco serio.

Cuando tratamos de Filosofía, la asignatura, no tengo ni idea de qué proponer para puntuar, para evaluar, para medir el conocimiento del alumno. Suficiente tengo con pensar la enorme ampliación de contenidos y campos a los que extender los tentáculos del saber de saberes. El amor a la sabiduría debería ser tan infinito como el amor más incondicional al prójimo, al semejante, al otro. Porque al conocer me acerco precisamente a este otro sujeto, que no es más que mi reflejo, la imagen que proyecta mi sistema de valores, creencias y prejuicios.

Lo que sí tengo claro es que cualquier ejercicio filosófico, en el aula o en cualquier otro lugar, debe surgir de la creación reflexiva del alumno, del filósofo, del humano. No tiene sentido reproducir los mismos contenidos que se han recibido. Si esto me parece absurdo en, por ejemplo, Física, me parece estúpido e insultante cuando tratamos de los saberes digamos que humanísticos. En cada ejercicio, ensayo o examen el alumno debe filosofar, mostrar qué piensa y cómo reflexiona sobre el asunto que sea, y apoyar sus palabras en sólidas argumentaciones. Algo tan sencillo como fomentar el espíritu crítico.

Pero eso no es fácil de evaluar, de medir, de puntuar. Y así llegamos a la aporía académica definitiva: es imposible valorar adecuadamente lo que debemos evaluar. Nada cambiará, en cualquier caso, mientras importen más los resultados que los procesos, lo pragmático que lo profundo, lo cuantificable que lo mera mas maravillosamente humano. Solo en la invitación

constante y meditada a la filosofía activa, creativa, comenzará el interminable camino que ha de derribar los gigantes disfrazados de molinos.

Referencias

- Crespo, Ángel. «Introducción.» En *Cancionero*, de Petrarca, 7-137. Madrid: Alianza, 2008.
- Ducheyne, Steffen. «Whewell's tidal researches: scientific practice and philosophical methodology.» *Studies in History and Philosophy of Science*. Volume 41, 2010: 26-40.
- García-Baró, Miguel. *Sócrates y herederos. Introducción a la historia de la filosofía occidental*. Salamanca: Sígueme, 2009.